

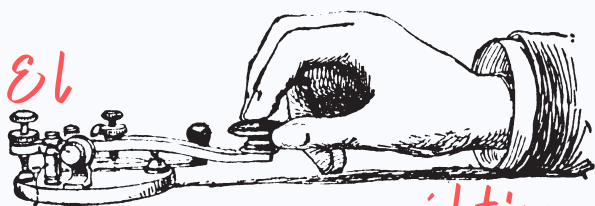
El último
TELEGRAMA

Benito de la Cruz

DWARF
WORKS



editorialdwarfworks.com
© 2022. All rights reserved.



El

último

TELEGRAMA

Cuando por fin mi abuela paterna, María Elena, cerró la puerta de la casa por dentro, el silencio le cayó encima como una sábana húmeda. Llevaba puesto un vestido negro que alternaría durante meses con la misma falda oscura y una blusa del mismo tono, como si el luto también necesitara rutina. Caminó despacio hacia las escaleras. Cada escalón era más pesado que el anterior. Cada paso hacia la habitación donde dormiría sola por primera vez en décadas le abría recuerdos que se movían bajo la piel como cuchillos lentos.

Al sentarse en la cama se quedó mirando la pared. No lloraba todavía. Parecía más confundida que triste. Después de tantos años acompañando a alguien, la soledad tenía algo parecido a la libertad, aunque una libertad amarga, vacía, difícil de entender. Se preguntó qué haría al día siguiente. Qué se suponía que hacía la gente cuando el amor se moría antes que uno.

En un aeropuerto yo tomaba café mientras esperaba un vuelo a Hermosillo. Observaba a las familias caminar de una sala a otra arrastrando maletas, niños dormidos sobre los hombros de sus padres y parejas discutiendo por boletos o documentos perdidos. Pensé en Alfred, el mayordomo de Batman, en aquella escena de The Dark Knight Rises donde imagina encontrar a Bruce Wayne vivo, sentado en una cafetería cualquiera.

Siempre he pensado que yo quiero algo parecido. Algún día, en una terminal o en una sala de espera, voy a encontrarme a mi hija sin buscarla. Ella irá rumbo a la playa o de vacaciones a algún lugar lejano. Tendrá dos hijos inquietos y un esposo bonachón, probablemente parecido al Kung Fu Panda porque de niña adoraba esa película y usaba una camiseta naranja de Po que le compré en Monterrey.

Ella me mirará de reojo.

Yo también la miraré.

No hablaremos.

No hará falta.

En algún momento llamará a sus hijos por su nombre solamente para que yo pueda escucharlos. El hombre no entenderá nada.

Después yo me levantaré lentamente, fingiendo que voy por otro café, aunque en realidad solo intentaré esconderme para llorar en el baño... o para esperar el infarto que estoy seguro me anda buscando desde hace años.

—Envíele un telegrama.

La voz me sacó del pensamiento.

Un señor elegantemente vestido estaba sentado a mi lado. Sonreía como si me conociera desde hace tiempo.

Me disculpé, creyendo que había pensado en voz alta.

—Desde que escribo cuentos ya no distingo cuándo estoy hablando conmigo mismo —le dije—. Uno empieza inventando historias y luego la realidad se contamina.

El hombre insistió:

—Envíele un telegrama.

Me dio risa la idea. Un telegrama. Como si todavía existieran.

Para cambiar de tema le expliqué que viajaba a Hermosillo por trabajo. Le conté que ese lugar tenía mucho que ver con las raíces de mi hija y que sería la primera vez que iría allá sin ella. También le dije que probablemente ya no tendría a quién llevarle coyotas de regreso.

El hombre escuchó con atención y luego comentó que esperaba a alguien para recorrer la Ciudad de México. Hacía muchos años que no volvía. Yo le recomendé visitar San Ángel. Le hablé de un restaurante oaxaqueño donde terminé arrepintiéndome de haber probado el mole negro porque mi gastritis no estaba preparada para semejante ataque.

El hombre soltó una carcajada breve.

Nos despedimos poco después. Él se quedó en la terminal observando a la gente pasar. Yo abordé mi vuelo.

Pero durante las siguientes horas no pude dejar de pensar en él.

Me recordaba demasiado a otro desconocido. A finales de los noventa viajé con mi hermana y mi abuela Yoya desde Chihuahua hasta Ciudad Acuña para visitar a mis padres. Fueron más de doce horas de carretera. Mi compañero de asiento era un hombre mayor que empezó a hablar desde Cuatrociénegas y prácticamente no se detuvo hasta llegar al destino. Recuerdo que le conté sobre un cuento horrible que acababa de escribir: La vida inútil de un perro azul. El primero de muchos intentos fallidos de convertirme en escritor.

Le expliqué incluso de dónde venía el nombre. Años antes había encontrado un disco de Rubén Blades en casa de una maestra de preparatoria. En la contraportada aparecía una canción llamada Ojos de perro azul. Me intrigó tanto el título que fui a buscar el cuento de Gabriel García Márquez en la biblioteca de la escuela. Recuerdo perfectamente el libro: delgado, color verde grisáceo, con unas flores en la portada. Nada de perros. Nada azul. Lo leí aquella misma tarde y no entendí absolutamente nada. Aun así algo se quedó viviendo dentro de mí desde entonces. Durante el vuelo a Hermosillo pensé varias veces en aquello. Y empecé a preguntarme algo absurdo: ¿Y si el hombre del aeropuerto y el pasajero del camión eran la misma persona? ¿O si ambos nunca existieron realmente? Cuando tenía siete años encontré una bolsa llena de telegramas en la casa de mi abuela María Elena. Estaban guardados en una repisa junto al baño del segundo piso. Pensé que eran cartas normales, pero al abrirlos descubrí mensajes muy cortos llenos de pésames, despedidas y palabras de consuelo.

Le pregunté a mi abuela qué eran.

Ella me explicó el trabajo de mi abuelo Ramón: telegrafista.

Me habló del código Morse, de los pulsos eléctricos, de cómo las letras viajaban enormes distancias convertidas en pequeños sonidos metálicos. Intentó explicármelo usando ejemplos modernos, como si mi abuelo hubiera trabajado en una versión antigua y rudimentaria de WhatsApp.

Después se quedó callada unos segundos.

Mi abuela siempre hacía eso: parecía perderse dentro de los recuerdos antes de continuar hablando.

Me contó que, después del funeral de mi abuelo, por fin pudo entrar sola a la habitación. Llevaba días rodeada de gente, comida, rezos y ruido. Pero esa noche únicamente estaban ella y el silencio.

Juntó todos los telegramas de condolencias, los guardó en una bolsa de plástico y se acostó en la cama sin saber qué hacer con el resto de su vida. Y entonces pasó algo extraño.

Se quedó dormida apenas unos minutos. Tal vez quince. Tal vez veinte.

Cuando despertó, juró que entre todos aquellos papeles había encontrado un telegrama diferente.

Uno que no recordaba haber recibido.

Uno enviado por mi abuelo.

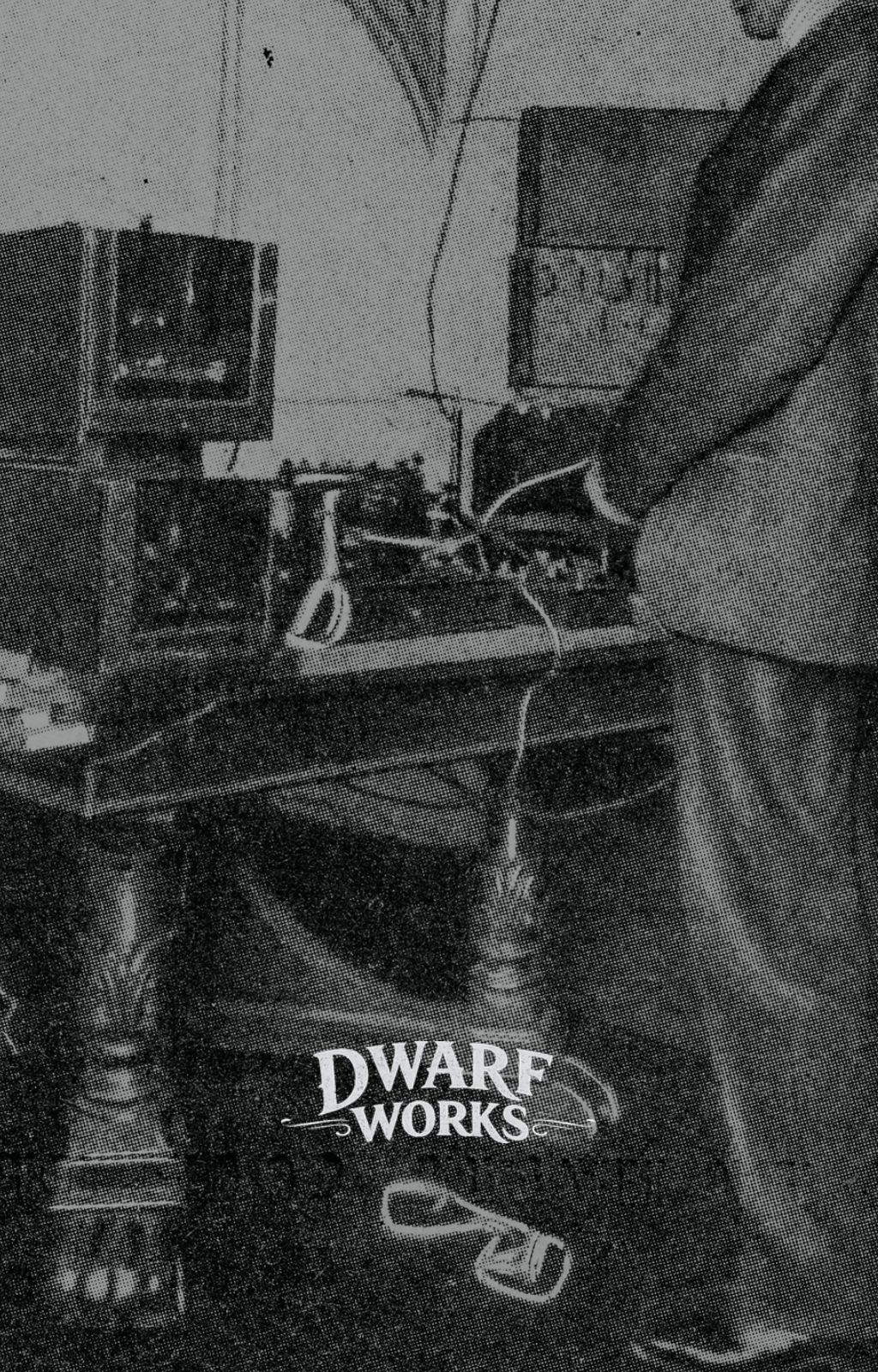
Decía:

“Descansa mi amor no pasa nada.

Te estaré esperando.

Te ama.

R.”



**DWARF
WORKS**